

la exhortó á que defendiese la Religion del emperador Leon su padre. Contestóle Ariadna: «¡cuán digno de vos es este consejo, oh santo anciano; pero cuán lejos se está de dar oídos á la triste hija de Leon!» Luego que este hombre respetable habia ya favorecido á la Iglesia por cuantos medios podia, parecióle insoportable su permanencia en la corte, y mientras aguardaba el tiempo de su partida, se retiró á un arrabal lejos del tumulto de la ciudad. Visitáronle allí todas las personas distinguidas y bien dispuestas en favor de la sana doctrina, en la que los instruyó y fortificó mas y mas.

Tambien ansiaba lograr una disminucion de tributos á favor de los ciudadanos de Jerusalem, y pidió se les perdonasen algunos atrasos, que ascendian á cien libras de oro. Anastasio comunicó las órdenes oportunas para satisfacer tambien en esta parte los deseos del santo viejo; mas un tal Marino detuvo esta gracia, diciendo que los nestorianos y judíos que infestaban á Jerusalem eran indignos de este favor. «Marino, exclamó Sabas con un tono inspirado, no os opongais á la beneficencia del emperador, porque de lo contrario vereis vuestra casa abrasada, vuestra familia despojada de sus bienes y el imperio mismo próximo á su ruina.» Despues de esta amenaza suplicó el Santo y consiguió del emperador licencia para partir, el cual le dió por su propia mano mil piezas de oro para obras piadosas, pero sin confirmar el perdon del tributo. Sabas se hizo á la vela por el mes de mayo, y algunos meses despues, sublevándose el pueblo de Constantinopla, apareció incendiada la casa de Marino, y cumplida exactamente la profecía en todas sus circunstancias.

San Sabas era el superior general de los anacoretas de la iglesia de Jerusalem, como San Teodosio lo era de los cenobitas (1).

(1) Vit. 1 S. Sab. núm. 30.

Los obispos creyeron que estaban obligados á nombrar estos dos ilustres varones gefes de todos los solitarios de la Palestina para hacer frente á una especie de anarquía y á la triste relajacion en que habian caído con la admision de las nuevas doctrinas, es decir, del cisma de los acéfalos. Entre los discípulos de San Sabas habia uno que se llamaba Juan, capaz por sí solo de consolar á su santo maestro de las penas que le ocasionaban otros muchos (1). Progresó en la virtud con tanta rapidez, que transecurridos siete años intentó San Sabas elevarle al sacerdocio. Con este fin le presentó al patriarca Elias, quien con la mayor complacencia prometió ordenarle por sí mismo, para lo que le llevó á pesar de su oposicion á la iglesia del Calvario. Juan dijo al patriarca cuando estuvieron en ella: «Santo Padre, tened á bien que os diga dos palabras á solas, y despues me sujetaré sin oponerme á vuestra decision.» Retirados á parte, Juan le obligó á que le ofreciese el secreto mas inviolable, y despues exclamó: «Padre mio, sabed que he recibido la consagracion episcopal; mas el conocimiento de mi indignidad me ha hecho huir de mi iglesia, y me he resuelto á vivir en este desierto, aguardando la hora terrible en que venga el Hijo del Hombre.» Atónito el patriarca llamó á San Sabas y le dijo: «Juan me ha confiado un secreto que imposibilita de todo punto su ordenacion, y es preciso dejarle tranquilo para siempre.» Retiróse San Sabas en extremo afligido, y habiendo vertido en presencia del Señor abundantes lágrimas, logró saber este secreto por revelacion.

Este obispo solitario es el que por su humilde é inviolable discrecion fué llamado San Juan el silencioso. Habia nacido en Armenia de una familia ilustre, y era her-

(1) Bolland. ad diem 15 Maji.

mano del gobernador de la provincia. A los diez y ocho años de edad edificó un monasterio en Nicópolis, donde habia nacido; mas los habitantes de Colonia le arrancaron de su soledad y le hicieron ordenar obispo. Rigió su grey por algun tiempo, sin amynorar cosa alguna de las observancias monásticas. Formó por último el designio de libertarse de todo cuidado; y habiendo apartado de sí en su viage con varios pretextos á los clérigos que le acompañaban, se hizo á la vela en secreto para Jerusalem, de donde pasó á la laura de San Sabas. Despues que se descubrió quién era, vivió en cierto modo aun mas retirado que antes, permaneciendo siempre solo en su celdilla, la que abandonó una sola vez en cuatro años para ir á felicitar al patriarca Elias, cuando le vió al fin triunfar de todos los combates y de todas las tribulaciones que el Santo tenia por otros tantos gloriosos favores.

Entretanto Timoteo de Constantinopla no guardaba miramiento alguno, llegando su osadia hasta el punto de intentar que todo su pueblo anatematizase al Concilio de Calcedonia; empresa sobremanera imprudente en una capital tan amante de la sana doctrina. Armáronse los habitantes para oponerse á la persecucion, encendiéndose la plebe de tal manera, que murieron muchos cismáticos distinguidos, y fueron abrasadas sus casas. En la plaza principal acampó el pueblo reunido tumultuosamente, y mandó traer allí las llaves de la ciudad y los estandartes militares. Despedazaron las imágenes y estatuas de Anastasio, gritando que era necesario nombrar otro emperador; y para reemplazarle se hablaba ya de Vitaliano, general de las tropas (1). Incitado este oficial por los católicos de la Tracia y de la Mesia, estaba á las puertas de Constantino-

pla con un ejército formidable compuesto de hunnos, de búlgaros y de algunas tropas romanas. Anastasio, careciendo de fuerzas iguales que oponerle, y poseyendo solamente el arte de hacer la guerra á los sacerdotes y á los obispos, pero no á los hombres armados y valientes, se escondió desde luego en el arrabal de Blaquernas. La emperatriz Ariadna se atrevió entonces á hablarle á favor de la fé, echándole en rostro los males continuos que ocasionaba á los católicos.

Decayó Anastasio enteramente de ánimo, y olvidando toda idea de dignidad, probó á mover la compasion presentándose sin corona en la plaza del Hypódromo. Allí con tono sumiso y abatido dijo al pueblo que estaba pronto á dejar el imperio, ó que á lo menos no queria tenerle sino de la benevolencia de sus súbditos, añadiendo las promesas mas seductoras y afirmándolas con juramento. Coronó sus esperanzas este artificio, pues el pueblo conmovido le suplicó que tomase de nuevo la corona, y ofreció con mucha mas sinceridad que el perseguidor cumplir con su deber. Regresó al punto cada uno á su casa, y se apaciguó la sedicion despues de haber permanecido tres dias el pueblo reunido en la plaza. Ya solo se trataba de alejar á Vitaliano que parecia no haber tenido mas objeto que servir á la Religion, á la que en su ignorancia defendia con las armas en la mano. Anastasio le hizo tambien magnificas promesas, protestando en particular que restableceria en sus Sillas á Macedonio de Constantinopla y á Flaviano de Antioquia. Ordenó despues de esto entregarle dinero para contentar á las tropas que le habian seguido. Vitaliano se mostró con esto satisfecho por lo que miraba al emperador, y ya no pensó mas que en acudir al Sumo Pontífice pidiéndole pusiese la última mano para apaciguar las iglesias de Oriente.

(1) Evagr. lib. 3 hist. cap. últ.

El mismo Anastasio escribió y envió embajadores á Roma, porque no rehusaba dar paso alguno para salir de tal apuro. Pidió á Hormisdas que tranquilizase unos ánimos tan acalorados, proponiéndole que reuniese un Concilio general en Heraclea en este mismo año, y suplicándole que asistiese á él personalmente. El Papa por su parte envió al emperador un notario y cuatro legados, entre los que ocupaba el primer lugar Enodio, obispo de Pavía, célebre por sus escritos. Dióles una instruccion muy circunstanciada: documento el mas antiguo que existe de su especie, y que manifiesta el espíritu verdaderamente apostólico y la prudencia y penetracion admirable de este Pontífice. Esplicase en ella como si ya hubiera oido al emperador: tan exactas y precisas son las respuestas sugeridas de antemano contra las objeciones y efugios de este príncipe artificioso.

Los legados eran tambien portadores de cartas para Vitaliano, con la orden de advertirlo al emperador, no tanto para lograr su benevolencia en el estado de debilidad á que se veía reducido, como para justificar la doctrina de la Iglesia sobre los verdaderos principios de sumision á las potestades establecidas por Dios (1). Esta instruccion á los legados decia asi:

«Direis al emperador: traemos del mismo modo cartas del Papa para vuestro servidor Vitaliano, que le ha enviado diputados con vuestro permiso, segun escribió entonces; el Pontífice nos ha prescrito que no entreguemos estas cartas sin vuestro consentimiento. Para que mejor conozcaís la pureza de nuestro proceder, nos dareis el mayor gusto si enviáis con nosotros algunas personas de confianza, en cuya presencia se lean las cartas. Permaneced cierto entretanto que carecemos de orden alguna que no concierna únicamente á la causa de

(1) Tom. 4. Concilior. pag. 1426.

Dios. Nuestro Santísimo Papa, arreglando en todo su conducta á la simplicidad evangélica, no lleva otro objeto que librar la Iglesia del veneno de la heregia y no consentir que se altere la doctrina recibida de los Padres.»

La instruccion pontificia prevenia tambien á los legados que no hiciesen declaracion alguna acerca de Timoteo, patriarca intruso de Constantinopla, sino que contestasen á este punto que, antes de examinar tales incidentes particulares, debian arreglar los negocios generales del episcopado y restablecer la comunión católica. Sin embargo, debian en todos los casos guardarse de quebrantar los cánones relativos á la comunicacion con los cismáticos; y aun se les previno en secreto que á los obispos que desearan volver al seno de la unidad, se les obligase á declarar públicamente en la iglesia, no solo que recibian el Concilio de Calcedonia y la carta de San Leon, sino que además condenaban á Eutiques y Nestorio, y á los fautores de uno y otro, y particularmente á Acacio de Constantinopla. Ni la obstinacion del emperador, ni la de los obispos de Oriente en respetar la memoria de este culpable patriarca, lograron variar de dictámen á Símaco y á otros muchos Papas sus sucesores, y la severidad de los cánones permaneció inalterable en este punto.

Además de que nada se consigue de los sectarios con una peligrosa condescendencia, estos sábios y santos Pontífices no podian comparar de modo alguno la reputacion mal adquirida de un perverso pastor con la salud eterna de toda la grey. Muchas veces no se puede conservar el sagrado depósito si no se condenan nominalmente las doctrinas de los falsos doctores que la alteran. Para que las ovejas huyan los pastos venenosos, es preciso que sepan cuáles lo son; y manifestaria disposiciones muy sospechosas el que criticase un méto-

do acreditado por el uso de la mas respetable antigüedad y de todos los siglos.

Produjo asimismo este medio la utilidad de descubrir el artificio del emperador Anastasio. Declaró entonces fácilmente que condenaba los errores atribuidos á Eutiques, y aun recibió el Concilio de Calcedonia; pero acerca de los secuaces de este heresiarca, y en particular de Acacio, conoció que si se esplicaba con esta claridad no quedaba ningun resquicio á la secta. Siguió sin embargo disimulando, y contestó al Pontífice que era cosa dura arrojar de la Iglesia á los vivos á causa de su respeto por los muertos; y que por otra parte no podria verificarse esto sin gran tumulto, y aun sin exponerse á una grande efusion de sangre. Torna luego á inculcar su proyecto de celebrar un Concilio, «donde todos estos negocios, decia, se discutirán con mas detencion.»

Hecho esto, pensó solo en dar largas para dejar se acabase de disipar la tormenta, cuyo temor le habia precisado á tantos pasos humillantes. Entretanto envió de tiempo en tiempo agentes á Roma, á fin de conservar una especie de correspondencia con el Papa y los occidentales y procurarse un recurso en caso de necesidad; pero procedia de un modo tan falso y tan á ojos vistas ilusorio, que despidió, sin haber hecho cosa alguna, á cerca de doscientos obispos que habian concurrido al Concilio convocado en Heraclea. El senado y el pueblo le echaban en rostro su perjurio, y tuvo bastante osadía para contestar que no eran lo mismo los particulares que el emperador, quien, decia, tiene autoridad para mentir y perjurar por las necesidades del Estado. Asi se afirmaron en la idea que habian formado de él, que era la de un malvado inficionado con las máximas detestables de Manés.

Mucho menos dió cumplimiento á la

promesa hecha á San Sabas á favor del patriarca de Jerusalem (1). Ya antes habia desterrado de Antioquia á Flaviano y colocado en su lugar al monge Severo, eutiquiano tan fanático que ni aun queria recibir el Henótico de Zenon, y que tenia por otra parte un carácter turbulento, inquieto é inconstante, que le habia hecho ir vagando por muchas provincias sin llegar á fijarse en ninguna. En sus principios ejerció la abogacia en Berito, despues de mal abogado fué religioso discolo y dogmatizador sedicioso en un monasterio de Palestina, de donde le arrojaron. Refugiado despues entre unos monges tan viciosos como él, le enviaron á Constantinopla para defender su causa, y allí se concilió la gracia del emperador Anastasio, á quien era digno de agradar por la conformidad de los mismos vicios y aun de las mismas extravagancias. Elias de Jerusalem rehusó con valor la comunión con semejante obispo; y el emperador, olvidándose de cuanto habia ofrecido á San Sabas, desterró á Elias, colocando en su lugar á Juan, hijo de Marciano, que ofrecia abrazar la comunión de Severo.

No perdieron sus esperanzas en tan doloroso conflicto San Sabas y los demas padres del desierto, pues presentándose á Juan, que era mas capaz de una debilidad que de una perfidia, le ofrecieron seguirle con sinceridad y sostenerle con todo su poder, si ofrecia profesar la fé de Calcedonia que apreciaba en su corazon, y no comunicar con un partido que miraba como herético. En aquellos tiempos de turbulencia era una máxima generalmente recibida, que se podia reconocer, á lo menos interinamente, á los obispos sustituidos á los verdaderos titulares, con tal que por otra parte estuviesen adornados de las cualidades con-

(1) Vit. S. Sab. num. 50; Theophan. pag. 434.

enientes (a). Juzgaban que el interés de la grey debía anteponerse al interés del pastor; y en efecto, nada era mas perjudicial á una iglesia en estas tristes circunstancias que verse privada de una cabeza legítima. Juan se dejó convencer y se entregó sin reserva á la direccion de estos excelentes guías.

Déjase conocer cuál sería la desesperacion del emperador. Un cortesano llamado Anastasio como este príncipe, creyó que no podría complacerle mejor que forzando al nuevo obispo á mudar segunda vez de conducta y volver á la comunión de Severo. Tenía tanta confianza en la ejecución de su designio, que se condenó, si no lo lograba, á una multa de trescientas libras de oro. Corrió súbitamente á Jerusalem con el título de duque de Palestina que se le acababa de otorgar; sorprendió al obispo Juan y le puso en una prision: cuya accion aplaudió el pueblo, como castigo de un usurpador que habia suplantado al patriarca legítimo. Esto no obstante, un católico, mejor instruido que la multitud, encontró medio de introducirse en secreto en la cárcel, y convenció á Juan á que alhagase con algunas esperanzas al duque Anastasio. Hizolo así el encarcelado; y contestando al duque que no huía de cumplir sus promesas, sino que por el contrario, recelando que lo que intentaba hacer se atribuyese á violencia, necesitaba verificarlo

(a) No es esto tan cierto; pues dice un autor que «en aquellos tiempos se conocía como se conoce ahora el principio necesario de la legitimidad en los obispos; y en el caso de una intrusion violenta, comunicaban con el así ordenado si era católico, y se sometían á él reconociéndole como coadjutor del legítimo prelado, ó coepiscopo.» Quizá sería mas propio decir que le miraban como delegado del legítimo obispo quien por el bien de sus ovejas y constándole de la sana doctrina del así colocado, le delegaba sus facultades para que cuidase de la grey. Así tenemos entendido se ha hecho alguna vez, y aun entonces con algunas condiciones, á fin de dejar á salvo los derechos de la legitimidad de jurisdiccion y de contener las intrusiones. (N. del E.)

cuando estuviese en libertad; y por último, que el domingo siguiente, cuando el pueblo estuviese congregado, haría una pública declaracion. Estas palabras dichas en dos sentidos, las tomó el duque en el que se conformaba con sus deseos, y al punto mandó sazar de la prision al obispo.

Se esperaba el domingo con grande impaciencia, pero se llenó de pasmo y confusion el duque cuando el obispo subiendo al púlpito con los abades Sabas y Teodosio á sus lados, y cercado de una multitud inmensa así de anacoretas como de cenobitas, principiaron todos los que estaban presentes á clamar con mucho estrépito: «Anatematizad á los hereges, confirmad el santo Concilio (1).» Al instante Juan y los dos santos abades dijeron á una voz: «Anatema á Nestorio, anatema á Eutiques, á Severo de Antioquia, y á cualquiera que no reciba el Concilio de Calcedonia.» El duque Anastasio arrebatado y fuera de sí con la ira no sabia qué resolver: sin embargo, disimuló á causa de la multitud, á la que hubiera sido peligroso oponerse, y aun para la seguridad de su persona creyó útil retirarse á Cesarea, desde donde informó al emperador de los pasos que habia dado y de la ineficacia de sus tentativas.

Determinó este príncipe desterrar, además del obispo Juan, á los abades Teodosio y Sabas; y disponia ya los medios violentos que juzgaba necesarios para la ejecución, cuando los dos Santos, protestando su inocencia y su horror á todo espíritu de rebelion, le dirigieron una enérgica apología en nombre de todos los abades y de todos los solitarios que habitaban la ciudad santa, las riberas del Jordan y los desiertos inmediatos. Pero por mas imponente que fuera, tanto por su estilo como por el nombre venerable de sus autores, puede afirmarse

(1) W. S. Sab. pag. 342 et seq.

que si Anastasio refrenó su ira fué solo por el temor que le inspiraba Vitaliano, que indignado de tantos perjurios principió de nuevo la guerra; y así el obispo Juan no salió de Jerusalem.

Entretanto los obispos de Dardania, de Iliria y de Tracia renunciaban al cisma y escribian cartas de sumision á la Santa Sede. Los de la antigua Epiro, habiendo elegido un nuevo metropolitano, acudieron al Papa para que le confirmase. Así se iba preparando la reunion.

Por otra parte, el falso patriarca de Constantinopla, el audaz Timoteo, murió despues de seis años de usurpacion. Espiró tambien el patriarca legítimo en su destierro de Ganges con fama de santidad y se le atribuyen milagros. Para que ocupase su puesto, vacante entonces verdaderamente por muerte de Macedonio, eligieron al presbitero Juan, capadocio de nacimiento, y syncelo de Timoteo (a). Por la misma época, esto es, en el curso de este año 517, Juan Niceotas, patriarca herege de Alejandria, dió cuenta al Juez supremo de diez años de escándalos que habia dado en una cátedra tan eminente.

Por último, al año siguiente murió tambien el emperador Anastasio, á los ochenta y ocho años de edad, de los cuales habia estado sobre el trono veinte y siete. La noche del 8 al 9 de junio se formó y permaneció fija sobre el palacio imperial una terrible tempestad, que con truenos espantosos y extraordinarios parecia amenazar principalmente á este culpable soberano. No necesitaba tanto para aterrarse su alma criminal y débil; viéronle en un súbito frenesí huir de una á otra parte como un insensato, sin oír á nadie y sin poder tranquilizarse

(a) Ya recordarán nuestros lectores se dijo en el curso de esta historia que syncelo era la persona que presenciaba la conducta de los obispos, sacerdotes y diáconos, sin nunca separarse de su lado. Véase el Concilio IV de Toledo. (N. del E.)

en lugar alguno por oculto que fuese. Pasada la tempestad encontráronle muerto en una pequeña cámara, herido de un rayo segun voz pública, ó muerto de espanto.

Reveló el Señor esta muerte á Elias, patriarca de Jerusalem, en su desierto de Aila (1). Habiéndole ido á visitar San Sabas el 9 de julio, y servidose la comida cerca de la hora de nona: «comed, padres míos, dijo el patriarca á sus huéspedes, que por lo que á mí toca, me ocupo en un asunto de mucha mas importancia.» Pretendió detenerle el abad Sabas, y le dijo derramando lágrimas: «el emperador Anastasio acaba de morir y yo he de comparecer con él al juicio de Dios dentro de diez dias.» Espidió las órdenes convenientes al bien de su iglesia, y en este intervalo su único alimento fué la Sagrada Comunión y el vino con que la humedecía. Acometido en fin de una enfermedad que no parecia grave, murió el 20 de julio inmediatamente despues de haber recibido la Comunión. Su edad, como la de Anastasio, era de ochenta y ocho años. Al tiempo de regresar á Jerusalem, San Sabas vió confirmada la noticia de la muerte del emperador y admiró el cumplimiento exacto del vaticinio de San Elias, cuya memoria venera la Iglesia el 4 de julio, no menos que la de Flaviano de Antioquia, desterrado por la misma causa y muerto al propio tiempo.

Ascendió Justino al trono el mismo dia en que espiró Anastasio, esto es, el 9 de julio de 518. Habia visto la luz en los confines de la Iliria y de la Tracia, y era de bajo nacimiento. Subió desde simple soldado por todos los grados inferiores al de capitán de las guardias de palacio, y esta era su dignidad cuando murió el emperador. El eunuco Amancio, que en el reinado anterior obtuvo el mayor poder, creyó que todavia tenia el necesario para dar un sobe-

(1) W. S. Sab. num. 80.

rano al imperio, y á fin de que reconociesen como á tal á su amigo Teócrita, puso en manos de Justino grandes sumas de dinero para distribuir las á sus tropas. Nada seduce mas que el brillo de la diadema. Justino, pues, aunque era tan ignorante, que tenia ya sesenta años y aun no sabia leer, advirtió sin embargo la virtud de los medios de que le hacian depositario; y empleándolos en su favor, logró ponerse la corona. Era buen católico, sin meterse nunca en sutilezas en materia de Religion (1). Su amor á la fé antigua le grangeó el del pueblo de Constantinopla, adicto del todo á la fé católica y disgustado extraordinariamente con la impiedad tiránica de Anastasio.

El domingo siguiente á la eleccion, habiendo entrado el patriarca en la iglesia con su clero segun costumbre, clamó súbitamente el pueblo (2): «¡Largos años al emperador y á la emperatriz! ¡Largos años al patriarca! ¿Por qué despues de tanto tiempo no estamos en comunicacion con el centro de la unidad? ¿Por qué permanecemos todavía excomulgados? Ya no nos amaga peligro alguno por profesar la verdadera fé bajo el mando de nuestro piadoso emperador. Subid al púlpito, padre de los fieles: ¿por qué os deteneis? Vos sois ortodoxo, instruid á vuestro pueblo; publicad desde ahora el santo Concilio y anatematizad al maniqueo Severo. Desentiérrense los huesos de todos los maniqueos. Santa Madre de Dios, el que no se declare en favor de vuestro Hijo, ha de ser tratado como discípulo de Manés. ¡Largos años al nuevo Constantino! ¡largos años á la nueva Elena!» Subió tanto de punto el entusiasmo del pueblo, que no consiguiendo explicar en una sola lengua todo lo que sentia, interpolaba espresiones latinas,

(1) Evag. lib 4 hist. cap. 2.

(2) Tom. 5. Conciliar. pag. 178 et seq.

asiáticas y bárbaras con el griego que era su idioma natural. Despues que hubieron gritado así con todas sus fuerzas y repetido las mismas aclamaciones durante mucho tiempo, les dijo el patriarca: «hermanos míos, no turbeis el orden sagrado de las ceremonias, yo os contestaré á su tiempo;» y entróse en el santuario con su clero.

Entonces el pueblo levantó su voz con mas fuerza clamando: «pronunciad, os rogamos otra vez, las maldiciones que merece; pronunciad anatema contra el herege Severo.» El patriarca subiendo entonces al púlpito, les dijo: «ya sabeis, mis amados hermanos; los combates que he sostenido por la fé católica no siendo mas que simple presbítero; no he faltado á mis sentimientos en el episcopado; jamás he permitido cosa alguna contra los santos dogmas, ni contra el santo Concilio. ¿A qué pues este tumulto? Veneramos todos los Concilios que han confirmado el de Nicea, primeramente el de Constantinopla, el de Éfeso y el gran Concilio de Calcedonia.» Resonaron de nuevo las aclamaciones, y siguieron por muchas horas; añadiendo despues con gritos redoblados: «anunciad al punto la fiesta del Concilio, la fiesta del gran Concilio de Calcedonia; no partiremos de aquí hasta que se anuncie, y en este sitio pasaremos la noche entera. Anunciad la fiesta para mañana; sí, para mañana, sin mas dilacion.» El Patriarca dijo que tomara el consentimiento del emperador; pero el pueblo respondió que garantizaba la buena voluntad y la fé de Justino, y así pidió con mas fuerza que se anunciase la fiesta. Publicóse, pues, por medio de un diácono en los términos siguientes: «Os anunciamos, que mañana celebraremos todos en este lugar la memoria de nuestros santos obispos los Padres de Calcedonia, que con los de Constantinopla y Éfeso confirmaron el símbolo de Nicea.» Determinóse que fuese perpétua esta fiesta,

y los griegos veneran todavía en el domingo mas inmediato al día 16 de julio la memoria de los seiscientos treinta Padres del Concilio de Calcedonia, y al propio tiempo la de los demas Concilios generales. Redobló el pueblo sus clamores, y por largo espacio gritó á una voz: «anatema de nuevo contra Severo, enemigo de la Trinidad, enemigo de los padres, blasfemo insensato que ha osado condenar al Santo Concilio de Calcedonia; sin esto no saldremos de aquí.» El Patriarca exigió entonces su voto á todos los obispos presentes, de los cuales queda la memoria de doce, y pronunció el anatema contra Severo.

Al día siguiente, lunes 16 de julio, celebróse efectivamente la fiesta del Concilio. Al punto que el Patriarca entró en la iglesia repitió el pueblo sus aclamaciones en honor del emperador y del obispo, y despues dijo: «volved á la Iglesia las reliquias de Macedonio (es decir, del último Patriarca de este nombre, desterrado por la fé); tornad á la Iglesia los confesores desterrados; completad la comun alegría; restituid su honor á los nombres de Eufemio y Macedonio; escribid en los dípticos los cuatro Concilios; poned á Leon, arzobispo de Roma, y traed los dípticos al púlpito.» El patriarca respondió que les daria gusto en este día del mismo modo que lo habia verificado la víspera; pero que para proceder con regularidad, era preciso reunir los obispos, y obrar de acuerdo con el emperador. El pueblo gritó entonces, que nadie se iria sin que antes se llevasen á efecto sin dilacion sus deseos, y cerró las puertas. Esta firmeza obligó al patriarca á tomar al momento los dípticos, y á inscribir en ellos á presencia suya los cuatro Concilios, con los nombres de Eufemio y Macedonio sus predecesores, y el del Papa San Leon. El pueblo ébrio de gozo entonces esclamó: *Bendito sea el Señor, que ha visitado y libertado á*

*su pueblo.* Al propio tiempo mandaron que subiesen los cantores al púlpito, y entonaron el trisagio para principiar la misa, que es donde se canta segun la liturgia griega. Venido el tiempo de la lectura de los dípticos, todo el pueblo se abalanzó al altar para prestar entera atencion, y cuando el diácono pronunció con los nombres de los cuatro Concilios los de Eufemio, de Macedonio y de San Leon, clamaron todos en alta voz: *¡Gloria os sea dada, oh Señor!* Despues de lo cual, se concluyó tranquilamente la misa. Así mostró su celo el pueblo de Constantinopla cuando vió colocado en el trono á un príncipe ortodoxo.

Mas para dar una forma canónica á lo que habia exigido el pueblo, celebró el patriarca Juan un Concilio que se componia de cuarenta obispos, que se hallaban en la capital, los cuales confirmaron cuanto se habia hecho (1). Acordaron tambien que los elérgicos espulsados por la causa de Eufemio y de Macedonio fuesen llamados y restablecidos en sus puestos, dándose cuenta de todo al emperador para su ejecucion.

El patriarca de Constantinopla escribió al de Jerusalem estas noticias de tanto consuelo, y tambien á los obispos de las demas Sillas principales, enviándoles las actas de su Concilio y suplicándoles que les concediesen su aprobacion. Concibieron los mas de ellos una santa alegría á vista de esta feliz revolucion y accedieron á todo lo que se les pedia. No satisfechos todavía con esto, clamaron fuertemente contra el corto número de refractarios, y especialmente contra Pedro de Apamea y Severo de Antioquia, y no pararon hasta lanzar del aprisco á estos lobos disfrazados de pastores.

Otro asunto era de mas interés aun para la iglesia de Constantinopla; á saber, su total reunion con Roma, madre de todas las

(1) Tom. 5. Conciliar. pag. 170.